

EL FÍGARO

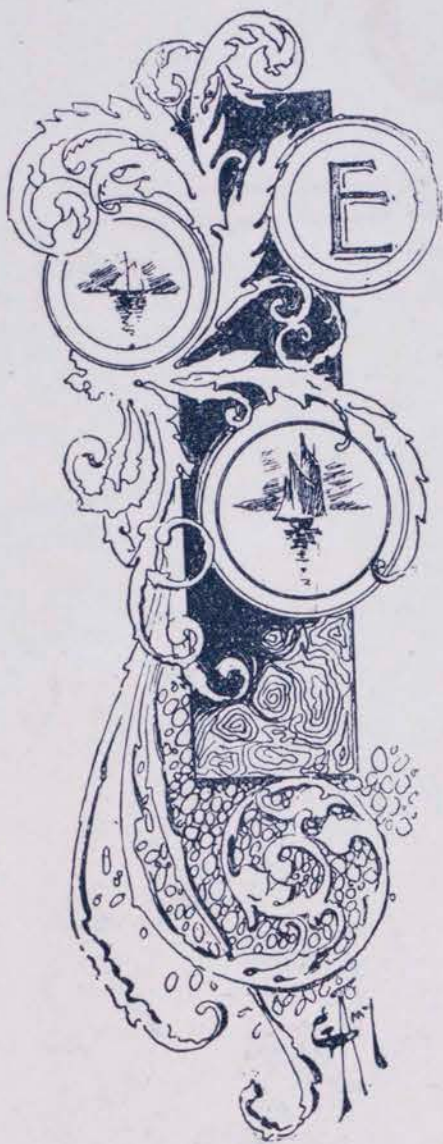
PERIODICO LITERARIO Y ARTISTICO

HEMEROTECA
RESERVA



TEATRO DE LA GUERRA.—Acción de Valenzuela.
(Croquis enviado por nuestro corresponsal).

DECADENTISMO



L chistoso y maleante Zoell ha eludido los riesgos de una *interview*, en que se le quería confesar sobre los méritos ó deméritos del decadentismo, escribiendo su consulta. Zoell es *faisseur de journeaux* y zumbón de suyo. La consulta le ha salido, pues, muy graciosa. Ni los decadentistas se quejarán, ni los que se permiten tomar á broma á los decadentistas se amostazarán. Si Gil Blas, con pasarse de listo, se hubiera dado la maña que nuestro Zoell, no descompadra, de seguro, con Su Ilustrísima.

Zoell se entenece, al creer amenazados á sus amables protegidos. «Hay que dejarlos», exclama. «No hay que exterminarlos todavía». Un *todavía* épico, digno de Berni. Y es claro, hay que dejarlos. Como no hay que correr tras un fuego fatuo.

El decadentismo ha sido una moda literaria en Europa. En América ha sido una moda atrasada. Ha sido sobre todo *une pose*, una postura estudiada, convencional, teatral. Lo menos artístico que pueda idearse. El arte ha de ser ante todo y sobre todo sinceridad. Lo que no entra en este molde, que es amplísimo, no pasa de arteificio. Hay quienes preconizan lo artificial. Aquí de los claveles teñidos de verde del pobre Oscar Wilde. Sí, pero el arteificio no es el arte. Una obra artificiosa divierte un instante, puede atraer un rato la atención, despertar á lo sumo la curiosidad. Todo esto es fugaz. La obra de arte es la que produce la emoción intensa, la que sacude poderosamente, y deja íntimas vibraciones en el alma. Para el niño un acróstico es una maravilla. La distancia que media del arteificio al arte es la que hay de un acróstico á *La Mort de L'Aigle* de Heredia.

No se trata de formas nuevas ni viejas. Todas las formas son aceptables, si son bellas, y sobre todo si dejan transparentar una imagen ó una emoción capaces de suspender, interesar ó conmover. Y además, aún poniendo en ello toda la buena voluntad del mundo ¿qué formas nuevas han producido los decadentes? Sé que han descoyuntado el verso francés y hay indicios de que, si los dejaran, harían lo mismo con los metros castellanos. El mérito no es grande, que digamos. No veo mal ninguno en introducir nuevas combinaciones métricas, siempre que sean musicales, pero eso ya se ha intentado antes del decadentismo y se intentará des-

pués, unas veces con buena y otras con mala fortuna. Si la novedad de formas consiste en el lenguaje enrevesado y el estilo epiléptico que se gastan algunos decadentes, es una novedad que huele demasiado á atavismo. Son accesos de mal gusto y pedantismo agudos, á que han estado y están expuestas todas las literaturas. Además ha habido, por decontado, escritores originales. Juan Pablo en Alemania, Carlyle en Inglaterra, Emerson en los Estados Unidos prueban que una gran osadía de estilo puede aliarse perfectamente con el temperamento mental más robusto, es decir, menos decadente.

Después de tantos siglos de cultura literaria, poseer verdadera originalidad de estilo, como lo han conseguido algunos escritores de nuestros tiempos, es llegar al más alto punto de excelencia artística. Pero eso no se consigue echando mano de un vocabulario exótico, como creen nuestros decadentes bisoños, ni con la extraña receta de leer mucho el diccionario. Esa originalidad consiste en decir de un modo nuevo algo que, aunque sea viejo, se haya visto de un modo personal, á través de un sentimiento propio, que sea muy intenso y logre traducirse con felicidad. Esa originalidad no está en las palabras, sino en las ideas que se logran evocar con las palabras, aunque éstas se hayan manoseado y se estén pasando de gastadas.

Se dirá que el alma moderna es muy compleja, y que se necesita un vocabulario muy extenso para expresarla. El alma humana ha envejecido ya muchas veces, y nunca han faltado registros al lenguaje del hombre para traducir todas sus vueltas y revueltas. Hay que saberlo decir todo sin oscuridad. Aquí está el arte. Acuña una palabra nueva es fácil. Lo difícil es hacerla pasar. Es decir, hacerla inteligible y memorable. El alma de un romano del imperio era también muy compleja; y muy bien supieron expresarla, diafanizarla, los escritores del tiempo. Y no barbarizaron, por cierto. Cuando se empezó á barbarizar, ya lo que flotaba en el mundo occidental era el espíritu, bien poco complejo, de los invasores germánicos y del clero ignaro que trataba de dar forma á sus conceptos sobre el hombre y el mundo.

Alto ahí, me dirán. Apuleyo era decadente. Petronio era decadente. Convencido. Cuando los decadentes modernos den á la literatura universal un Petronio ó siquiera un Apuleyo, aceptamos esos decadentes. Pero entiéndase bien, por lo que tengan de Apuleyos ó Petronios, no por lo que sueñen tener de decadentes.

Esto quiere decir que lo importante es ser escritor de veras, no estar ó creerse afiliado á tal ó cual escuela. Si bastara salir á la calle con un girasol, para escribir como Wilde, ¿quién no intentaría la prueba, aun en las calles de la Habana? ¿Verdad, amigo Zoell? Y eso que en nuestras calles parece estar zumbando siempre la rechifla.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Notable discurso

HEMOS recibido un folleto, elegantemente impreso, que contiene el discurso leído el 19 de Mayo último en la Real Academia de Ciencias médicas, físicas y naturales de la Habana, por su dignísimo Presidente, el ilustrado Dr. D. Antonio de Gordon y de Acosta.

El trabajo nos parece digno fruto de la vasta y bien cultivada inteligencia del autor, obra eruditísima y bien meditada, historia rápida pero brillante de las asociaciones científicas desde aquella que se bosquejó bajo el cielo de Grecia en los jardines de Academo hasta la entusiasta y progresista Sociedad que preside en la Habana el Dr. Gordon. Y es de admirar la claridad con que se agrupan los abundantísimos datos y la amenidad de estilo, castizo y sombrío, con que se exponen. El importante discurso es á la vez obra de científico y de literato, y su lectura, por consiguiente, recrea tanto como instruye. Felicitamos al distinguido Presidente de la Academia de Ciencias por trabajo tan luminoso.

NICOLAS HEREDIA

AUN cuando siempre ha colaborado en EL FIGARO este ilustre escritor y novelista, podemos anunciar á los lectores que le contamos hoy más entre nosotros, pues viene á reforzar nuestra brillante redacción su firma prestigiosa, la que en lo sucesivo aparecerá periódicamente en estas columnas.

Sin corazón

PARA "EL FIGARO."

Oh! cuánto mienten los hombres,
Y cuánto la ciencia miente!
¿No dicen que la paciente
Ha muerto del corazón?
¿Del corazón!.... Si no tuvo
En la vida tal entraña,
Murió de dolencia extraña.
De un hartazgo de razón!

Vivió como viven muchos,
Sin espíritu, sin alma;
En la perezosa calma
Del vivir por no morir.
Mas, llega un día en que advierte
Que sin el amor no hay vida
Y empeña la gran partida
De morir por no vivir.

Poco duró la batalla;
La materia fué cediendo
El campo que iba invadiendo
Galopante consunción.
Y al fin murió, como mueren
La luz, las plantas, las flores....
¡Y á esto llaman los doctores
Morirse del corazón!

CARLOS B. FIGUEREDO.

New York, Junio, 95.



CUESTION DE GUSTO



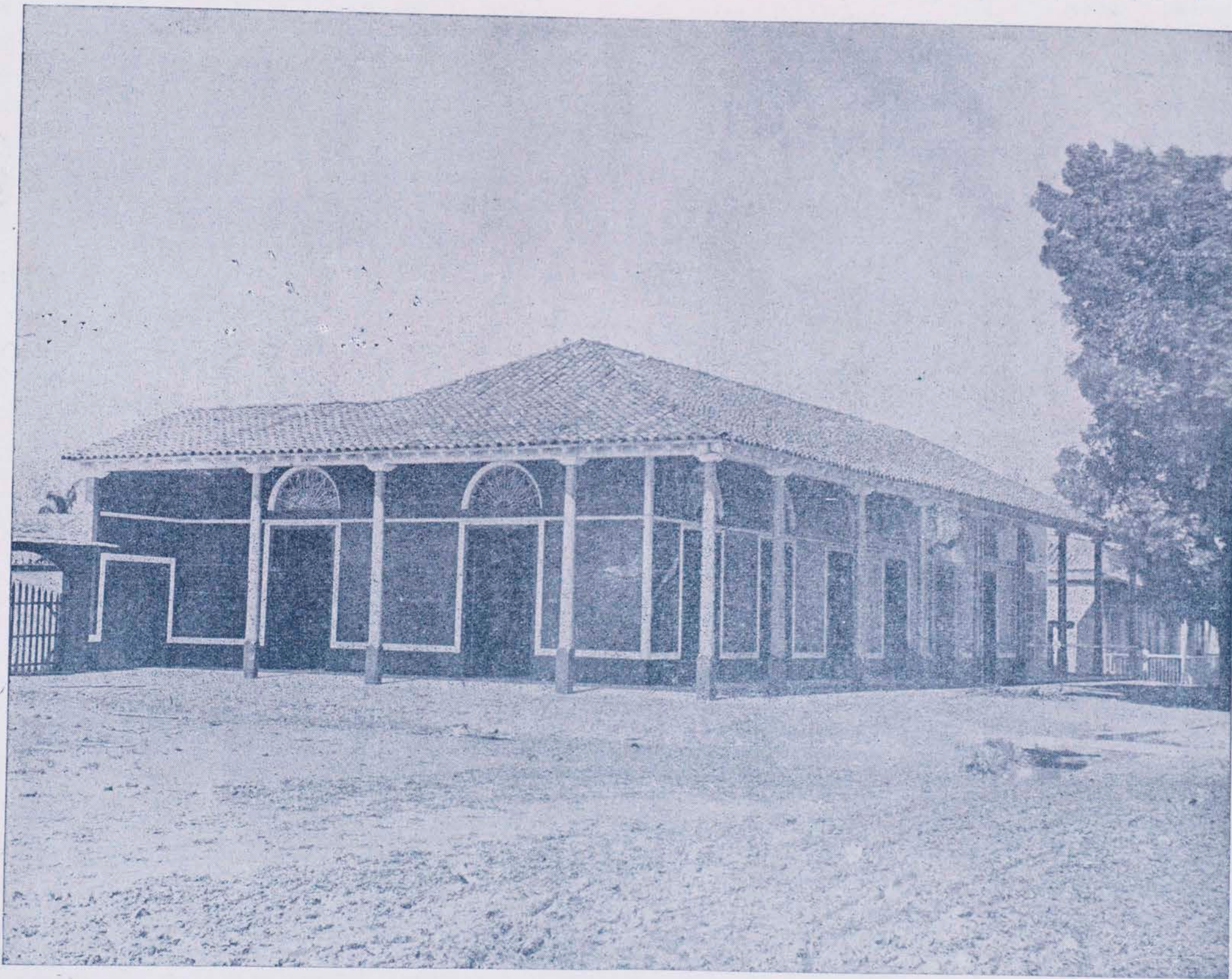
ODEMOS desligarnos de nuestra personalidad cuando juzgamos la obra ajena con exclusión de las inclinaciones y los gustos especiales que viven en nosotros. La verdadera crítica es el resultado de esta mutilación dolorosa impuesta inexorablemente por la austeridad de su ejercicio. Pero cada juez, en cuanto es hombre, tiene sus antipatías y también sus preferencias. Lo difícil es saber disimularlas. Hay autores que se respetan, autores que se aman y autores que se respetan y se aman.

En cambio, cuéntanse algunos que, aun siendo muy ilustres, me inspiran cierta prevención, quizás injusta. Horacio fué un varón amable, propio para conquistar la voluntad más recia con su sonrisa de epicúreo. Y no obs-

ario es comparable al de expresar cada concepto abusando del idioma, mediante cinco ó seis metáforas inútiles. El famoso orador posibilista ha llenado cien volúmenes con un caudal escasisimo de ideas. Su trabajo es parecido á la melcocha: se la estira fácilmente, pero la masa, la cantidad, es invariable.

Casi no me atrevo á decir que los Goncourt me desagradan. Es un fenómeno bien raro que quizás inspire una idea lamentable de mi gusto, el hecho de que nunca he podido llegar á la mitad de ninguno de sus libros. El tormento descriptivo, la pincelada minuciosa, la urdimbre complicada de la frase tejida con hebras sutilísimas, estos y otros detalles de su índole parecen conjurarse para matar en mí la admiración que á otros sugieren. Tal vez me causen este efecto por ser yo, un extraño al medio en que han escrito, á ese París de sensaciones refinadas donde el ojo se aguza de un modo extraordinario para descubrir líneas y matices que el vulgo no percibe.

D. Pedro Antonio de Alarcón me seduce y al mismo tiempo me impacienta. Detrás del estilista ameno, incomparable, he



TEATRO DE LA GUERRA.—Casa de D. José Quirch, en Veguitas, donde p rmoetó el General en Jefe, con su Estado Mayor, antes de la acción de Valenzuela.

Fotografía del Sr. Gómez Carrera.

tante, cada vez que me acuerdo de sus adulaciones se me frustra el deseo de celebrarlo. Mas lo particular del caso estriba en que para este desvío no puedo tomar por norma la pequeñez moral del individuo. Me inclino ante Bacon, y el canciller fué más infame que el poeta. Yo no acierto á explicarme por qué me irrita en el uno lo que en el otro me es indiferente.

Jamás he podido ver en Cicerón á uno de mis autores favoritos; pero aquí la causa es de otra especie; arranca de los bancos del colegio, de la clase de latín en donde su nombre sonaba como anuncio formidable de penitencias ó suspensos. Sus cartas y la oración contra Lucio Sergio Catilina han dejado en mí un rencor involuntario hacia sus obras.

Chateaubriand me es más insoportable todavía que Cicerón. En realidad, disgusta la actitud que se adivina en este escritor á través de su prosa azucarada, pues la obra en Chateaubriand no es más que el pedestal mañosamente preparado para la apoteosis de su nombre. Además, advierto en su estilo una afectación sentimental que nunca logra encubrir la retórica más hábil.

Castelar me produce un efecto desastroso. Ningún vicio lite-

visto siempre un espíritu antipático. Pocos han gozado tanto como yo leyendo sus preciosas narraciones, y pocos habrán sentido un movimiento de hostilidad más pronunciado hacia un escritor, á quien no conocí, si no es por el retrato. Y si alguno sospecha que sus ideas religiosas ó políticas influyen en mi juicio, yerra al suponerlo, porque Menéndez y Pelayo es también un rezagado y á pesar de todo admiro al escritor sin acordarme de su credo.

Hay en esto algo que me pone en guardia respecto de mí mismo. La opinión decisiva de los doctos consagra un nombre y este nombre pasa á ser una gloria del siglo ó del país que lo produce. Chateaubriand, los Goncourt, Castelar se nos imponen con el peso del voto universal. El más valiente retrocede al descubrirlos, porque el descontento, el reparo de uno solo, nada significa ante el aplauso de la generación que los ensalza. Yo así lo reconozco y doy mi juicio por erróneo....

E pur si muove.... Y sin embargo, no me gustan.

Nicolás Heredia.

Los ultra-pudibundos

Es verdad que yo ni sé, ni puedo, ni quiero hablar de las mujeres, sin un poquito de fiebre; y que la castidad remontada, así como los remilgos de la escuela clásica, me remueven el estómago.

Sería un hipócrita si no dijese que creo que á las niñas inocentes que saben el catecismo de memoria, ya no les queda nada naturalista que aprender.

Eso de que Pablo atravesase un arroyo llevando á horcajadas á Virginia sobre la espalda con la misma insensibilidad que si la preciosa carga fuese un costal de paja, será muy católico el creerlo, pero yo no puedo menos de ponerlo en duda.

Tengo una amiga, excelente poetisa, que al acusarme el recibo del «Licenciado Torralba», me decía: «el libro está lleno de diabluras». Otra me escribió: «el poema debe de tener muchas cosas atrevidas, porque lo he leído con *delicia*». Esta última observación no dejó de alarmar un poco mi conciencia, pues como Torralba no ha sido ningún santo, me pregunté: ¿estas diabluras ó cosas atrevidas se refieren á la religión? Imposible. Yo siempre he respetado los tres grandes factores que constituyen la esencia del cristianismo, que son el Dios personal, la inmortalidad del alma y la justicia de las penas y recompensas.

Sin embargo, las castas y los castos es posible que hayan encontrado alguna idea que me dé entre ellos la opinión de que gozaba por sus distracciones aquel pobre cura que, al querer abrir un día la custodia, y viendo que no giraba bien la llave, sin duda por la herrumbre del tiempo, tuvo la inocente impiedad de exclamar:— ¿qué diablos habrá aquí dentro? Y digo esto, porque hace algún tiempo publiqué un poemita titulado «Cómo rezan las solteras», y aunque en él no se habla una palabra de religión, fingieron estremecerse de horror todos los entremetidos de las sacristías. Hablando de esto con D. Alfonso XII, aquel gran Rey, cuya gloria será eterna en la memoria de los españoles, se hallaba presente su augusta consorte, que desde Austria ha venido á España á emular la piedad, la discreción y la virtud de la abuela de Carlos V. y viendo que nosotros no dábamos con el verdadero motivo de la alarma de los mogigatos, nos interrumpió diciendo: «no se cansen ustedes; la única causa de esa extrañeza consiste en que la acción del poema pasa en el vestíbulo de un templo». Es decir, que todos los días se ve en los teatros al diablo circular por monasterios y catedrales, y yo no puedo hacer que una niña distraída vaya á rezar, pensando en otra cosa, al atrio de una iglesia.

Esta prevención contra mí se ha hecho de moda hasta entre mis colegas, á pesar de que cuando me he visto obligado á pasar en mis descripciones por algunos de esos lugares escabrosos, que yo suelo atravesar con seguridad completa, siempre lo he hecho conduciendo á mis heroínas á escape por el extremo del arrabal de la ciudad en que vive Celestina.

Nadie podrá hallar en ninguna de mis obras, una sola de esas frases candentes de que se vale San Pablo, por ejemplo, en algu-

na de sus epístolas, y que son capaces de llenar de rubor los pómulos de las doncellas que ya van al lecho conyugal con la suficiente preparación para no espantarse de nada.

Un crítico de autoridad ha publicado un gran número de versos de *El Licenciado Torralba*, diciendo que parecen de un *místico demacrado*. Otro censor, de formas literarias que en punto á cortesía dejan mucho que desear, me ha satirizado con el mayor descaro, porque yo soy menos *pesimista* que Byron.

¿En qué quedamos? Unos me tildan de místico y otros de pesimista. ¿Será que hay cierta conexión de fines entre el cristianismo y el pesimismo? ¿Estaré yo también contagiado de ese pesimismo moderno que, como el orin al hierro, va pegado al ritualismo de ciertos prácticos fervorosos?

¿Se hallará en mis obras algo de ese sedimento asiático que se encuentra en el fondo del cristianismo primitivo, después que se rasca la elegante corteza con que lo suele recubrir el cristianismo romano?

¿No se encuentra en el mismo Salomón la idea de que el muerto es más feliz que el vivo, y que el que vive es menos dichoso que el que no ha nacido?

¿No es un axioma cristiano el que de cuanto más grande es la admiración que se debe tributar á Dios, más grande ha de ser el desprecio que se tenga por las cosas terrenales?

Pero nó, yo no debo parecer un místico, porque el desprecio de la vida y las mortificaciones sin un objeto caritativo, me son más antipáticas que el sentimiento viril de aquella sociedad romana que, sin más ideal que la pasión municipal de la ciudad eterna, dejaba con indiferencia estoica que se cumpliera el destino á que la sujetaba el poder de Júpiter.

Y volviendo á la cuestión de los ultra-pudibundos, seguiré diciendo que aunque algunos me califican de escéptico, la verdad es que sólo soy un ocioso, más bien aburrido que desengañado, un experimentalista que no llega nunca á naturalista, y que en materia de libertades literarias, como hombre bien educado, sé hasta dónde es lícito llegar, y nunca enseño en mis versos la silueta del monstruo de dos espaldas de que nos habla Shakespeare, y ni siquiera me atrevo á hacer reverberar la inmundicia de Mefistófeles cuando ve la cadera de los angelitos que bajan á

buscar á Fausto. Y á propósito, y hablando claro, nunca transigiré con los que hacen de la mujer la representación del demonio, pues me parecen descendientes de algunos de los escapados del incendio de las ciudades malditas.

¡Sátiro de la castidad! Fuera de mi vista los que Goethe llama «esa raza hermafrodita que tanto embelesa á los devotos». Hay una cosa en poesía más peligrosa que la desnudez, y es la abominable tendencia á establecer la indiferenciación de los sexos que lleva á ese estado de pasión neutral, en la que lo mismo se goza con una égloga hecha al bello Alexis, que con otra dedicada á la hermosa Galatea: aberración que, cuando la veo escrita, y aunque no sea más que sospechada, me produce como á Torralba el deseo de morir de asco de la vida.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



D. ANTONIO NAYA, D. JOSÉ MOLINS, D. ENRIQUE CHUST

Oficiales de la 1ª Compañía del 3º Peninsular que sostuvieron valerosamente el fuego con el Capitán Caro, en la acción de Chapala.



Confidencia

Sé de una luz, del cielo desprendida,
que una mirada de mujer destella,
cual una pura y misteriosa estrella
al borde de los sueños encendida;

sé de una boca de mujer querida,
pálida y triste, pero ardiente y bella,
en cuyos labios imprimió su huella
todo el fuego de amor que hay en la vida....

Que mi existencia estéril y cansada
hiera la muerte con sus dardos fríos;
porque en mi corazón no resta nada

de mis anhelos castos ó sombríos:
que he bebido la luz de esa mirada
y he juntado esos labios con los míos!...

MANUEL S. CARBALLO.

En ruinas

En un rincón distante de la aldea
alzábase aquel templo solitario,
con su blanco y ruinoso campanario
que el tiempo con su mano agujerea.

El viento por sus bóvedas pasea;
roto se ve en el suelo el incensario,
y el pobre campesino visionario
al pie de los altares curioseaba.

Deshecho se halla el púlpito: en las naves,
entablan sus polémicas las aves;
y en medio del horror de aquellas ruinas

donde hacinados yacen los escombros,
encógese el incrédulo de hombros
y levantan su hogar las golondrinas.

B. BYRNE.

A un Zoilo

A veces me figuro un peregrino
por extrañas regiones extraviado,
que va por sus pesares impulsado
ó triste se abandona á su destino.

Mas siendo rudo obstáculo al camino
tu saña intensa de juglar airado,
júzgome altivo paladín cruzado
y no sucumbio á golpes de asesino!

Divisando mis bellos ideales
poblar el horizonte cual fanales,
desdeño tus coléricos enojos;

y prosigo impertérrito mi senda,
alzando para ver en la contienda
los párpados heridos de mis ojos.

CARLOS P. UHRBACH.



TEATRO DE LA GUERRA.—Manigual, propiedad de D. José Vega, cerca de Bayamo. Por este punto se supone que ha debido pasar la columna del General en Jefe, después de la acción de Valenzuela.

NO TE RÍAS

Fara "El Figaro"

NO te rías. Nada hay más triste que la risa del hombre.
Es alegría que inspira compasión.
La risa es un error: no hay un instante de la vida que merezca el regocijo del corazón.

¿Reirías tú detrás de un ataúd que marcha al cementerio? Y entonces, ¿cómo ríes dentro del ataúd?

¿Que cuál es el ataúd? Tú mismo. El hombre es un ataúd que va marchando al cementerio desde el momento en que nace.

Unos van á prisa y llegan en pocas horas ó en pocos días. Otros, con lentitud, pero siempre llegan.

Infelices éstos, que van viendo pasar á su lado para precederlos, padres, hijos, consortes, hermanos y amigos.... hasta quedar solos en mitad del camino, y llegar solos á la fosa que los espera!

Dime, pues, ¿en cuál estación de este lúgubre itinerario es que viene bien la risa? ¿A qué hora es la hora del regocijo?

¿Será cuando tropieces con el cadáver de tu madre? ¿O cuando oigas el último gemido del hijo moribundo que clava en tí una mirada suplicante para que lo salves en tu impotencia? ¿O cuando la muerte llene súbitamente tu hogar de tinieblas, de lágrimas y de alaridos? ¿O cuando el dolor te lacere el cuerpo ó la desesperación te despedace el alma?

Y si dentro de esta verdad de la vida no cabe el regocijo, ¿daremos alegrarnos en la mentira? ¿El amor, la amistad, la esperanza, la gloria?... Detrás del amor está la perfidia; detrás de la amistad, la traición; detrás de la gloria... viento, humo, nada!

No te rías. La risa es la mueca de la imbecilidad; el gesto de la ignorancia.

Si no quieres creerme á mí, cree á Salomón:

La risa la reputé por error, y dije al regocijo ¿por qué te engañas?

Caracas, 1895.

EDUARDO CALCAÑO

CRONICA



EL TENIENTE SOTOMAYOR

Ayudante del General Santocildes, muerto en la acción de Valenzuela.
(De fotografía de Cepillo y Cía—Madrid).

Honran estas páginas dos retratos del que fué distinguido joven, muy apreciado en esta ciudad, Sr. Sotomayor y Gispert, perteneciente á distinguidas familias, á las cuales enviamos el testimonio de nuestro profundo pésame.

El viaje de la Habana á la playa de Marianao es siempre un paseo delicioso.

En todo el trayecto el paisaje presenta efectos muy bonitos y de poéticos cambiantes. Desde la ventanilla del coche que os lleva desde Concha en dirección de la rada de Marianao se descubre uno de esos panoramas campestres que saturan la imaginación—si es una imaginación bañada por el romanticismo—de las más dulces y encantadoras visiones.

El viaje, sobre agradable, es bastante corto. Tres cuartos de hora bastarán para salvar la distancia.

Marianao y la playa han sido desde antiguo puntos preferidos de temporada. Cuando no existía el ramal de la playa, este sitio estaba destinado exclusivamente á balneario de la aristocracia, que por entonces fijaba su residencia de verano en el legendario pueblo por quien tanto trabajó el nunca olvidado Samá.

Antes de llegar á Marianao, el tren se detiene en una calle sembrada de laureles á uno y otro lado. Ese paseo se conoce por los Quemados y allí se levanta la hermosa quinta de Durañona, posesión espléndida que se divisa desde el ferrocarril como una de esas villas de los opulentos británicos.

A un paso de la quinta, el gran ingenio Toledo, también de Durañona, y finca famosa donde siempre acuden los *touristes* que vienen á Cuba deseosos de conocer un ingenio bien montado, sin necesidad de recorrer grandes distancias en ferrocarriles.

En Marianao se asientan las fincas de recreo en número crecido. La que sirve de residencia al Sr. Julio Hidalgo es una mansión reglamentada dispuesta, donde su respetable dueño disfruta de la regalada vida que le proporciona su elevada posición social. La quinta de Hidalgo se abre pocas veces. Después de su temporada anual en los Estados Unidos, el Sr. Hidalgo invita con frecuencia á su mesa—famosa por la riqueza de su vajilla—á un selecto número de sus amigos de la banca y del comercio, generalmente de las plazas extranjeras.

En la quinta Hidalgo no se han celebrado otras fiestas que algunas *matinées* con que su dueño ha querido obsequiar á su *petite-fille*.

Marianao ha tenido épocas de maravilloso auge. Yo invito desde este lugar á Jorge Sorní para que nos cuente estas cosas en sus muy interesantes y muy leídos *Recuerdos cubanos del Diario de la Familia*. Esa pluma, que ya se nos ha revelado sobradamente como una gran conocedora de las gentes y las costumbres de nuestro tiempo viejo, no debía dejar omitido ese capítulo. Es siempre una saludable enseñanza contar á esta nueva generación el esplendor con que vivía ese gran núcleo de familias que hoy vive replegada silenciosamente en sus hogares.

Y así como Marianao, la playa, que es su derivación, ofrece no poco que decir de sus fiestas y de las buenas familias que allí han emigrado en pos de sus aguas y de su brisa.

La playa debe su principal fomento á la instalación del *Habana Yacht Club*.

Esos diez años de existencia que lleva el *Club* han contribuido á la nombradía de la playa. Larga es la lista de caballeros que en cada año han ido de temporada á este lugar por las ventajas que les ofrecía el aristocrático centro con sus alojamientos, su mesa y todos aquellos alicientes propios de los círculos de esta clase establecidos en todas las playas del extranjero.

La playa no cuenta con grandes quintas. Sus casas—construcciones de madera, en su mayoría—se alinean á la orilla del mar, que afecta en aquella parte la forma de una concha.

La casa del *Yacht Club* y el puente de Quibú son las dos obras más modernas. A la Junta de Fomento de la playa se debe la construcción de ese puente, inaugurado el año pasado con una ceremonia muy simpática, cuya organización fué debida principalmente al distinguido letrado Sr. Leopoldo Sola, una de las personas que más viva y eficazmente ha trabajado por la prosperidad de la playa. Recuerdo ahora que en la bendición del puente fueron proclamados padrinos la señora Carmela Sánchez Romero y el Sr. Leopoldo Barrio, entonces gobernador de la Habana.

El Quibú, río que antes entorpecía la comunicación, presta ahora con su sólido puente el más fácil acceso á los lugares colindantes, en-

tre los que se cuenta la pintoresca playa de Jaimanita; playa pequeña donde sólo tienen entrada embarcaciones de muy poco calado y más bien guardada de multitud de pescadores. Jaimanita es la primera de una serie de playitas que se encuentra pasado Marianao, el que navegue al Oeste de la Habana.

Ahora se acaban de levantar en la playa los baños de Gómez, contiguos á los de Tuero. Estos baños confunden sus casetas con las del *Club* para dar á esta parte un aspecto muy animado, sobre todo en las horas de la mañana que cruzan y se entrecruzan los temporadistas y los bañistas que llegan en los trenes.

Entre Marianao y la playa el número de temporadistas no es corto que digamos. En el pueblo se encuentran en la actualidad muchas y muy distinguidas familias de la capital. Allí está la familia del señor Luciano Ruiz, de la que son galas encantadoras las dos graciosas hermanitas Juanita y María con su muy simpática prima *Chepita* Rodríguez; el Sr. Faustino García Castro con su elegante esposa la señora Carmelina Ordóñez; las familias de Soto Navarro, de Alfredo Herrera, de Finlay; el Sr. Julio Soler y su distinguida esposa la Sra. María Luisa Soto Navarro y la familia del Sr. Juan Goncá, en la que brilla, adorable é ideal, la linda Herminia.

La desanimación de la playa es evidente. Hay que esperar un día de *matinée* en la glorieta para que la alegría—ausente de aquellos contornos—fiote y vibre en la siempre poética playa.

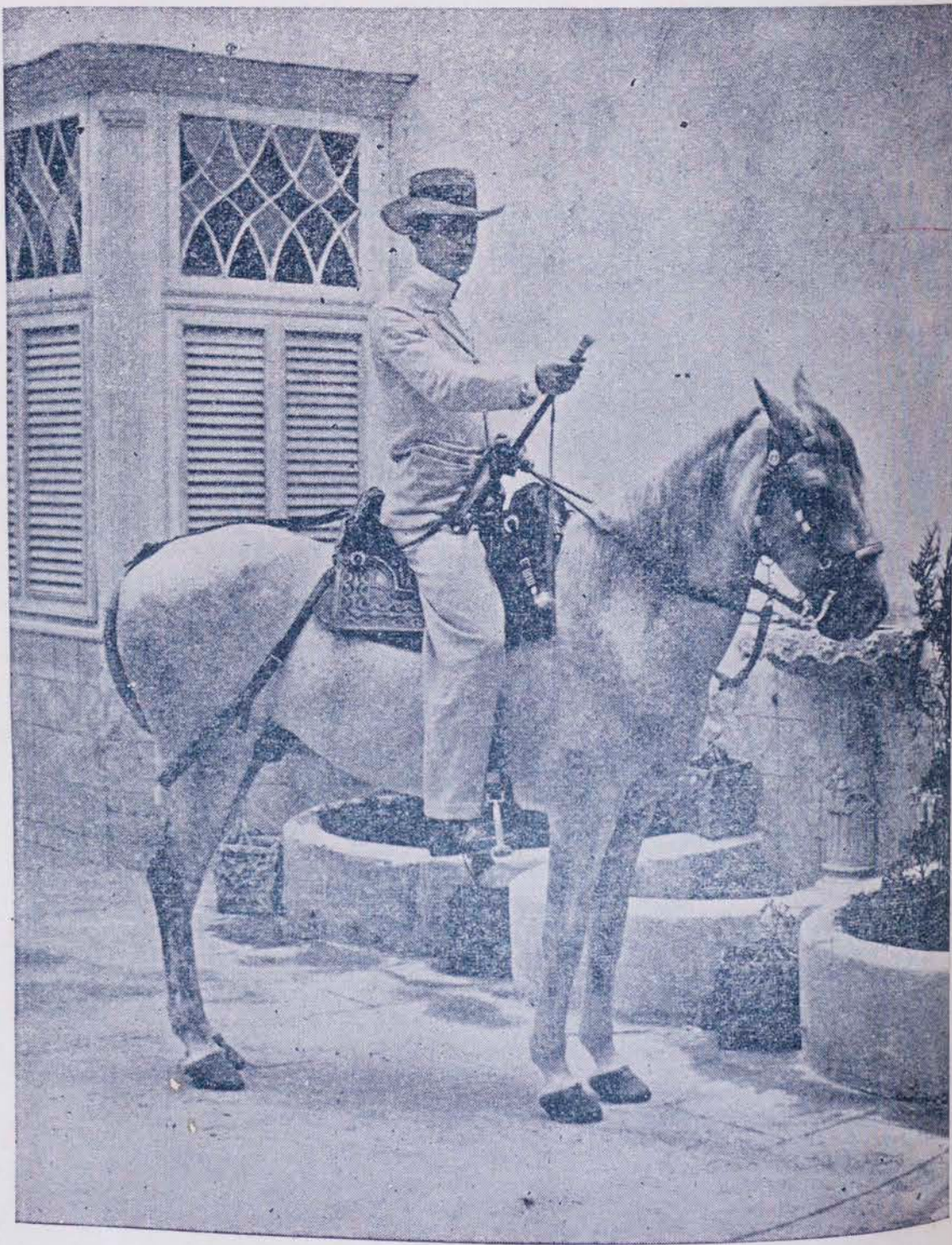
Así y todo, allí se reúnen temporadistas tan distinguidos como la Sra. Da Concepción Baró viuda de Pedro; el Sr. Fernando Freyre y su muy elegante esposa la Sra. Concepción Escardó; el Sr. Antonio Rodríguez y su amabilísima familia con sus dos bellas, graciosas y simpáticas hermanas las señoritas Dulce María y Catalina Rodríguez; el Sr. José Sellés y su señora esposa; el Sr. Santiago Rossié y su joven é interesante esposa la Sra. Mariana Gómez; la familia del Sr. Domínguez y la del Sr. Cepero, con la siempre celebrada Celia, la espiritual señorita de San Antonio de los Baños, que ahora ha venido de temporada para encanto de sus amigos y gala de nuestra sociedad.

En Marianao se pasa bien el tiempo. Se han fijado días de recibo y ya se reúnen en casa de Finlay ó bien se dirigen todos á la quinta del Sr. Pedro Hernández, en la cual se celebró el anterior año un *gardenparty* que vino á constituir la fiesta más brillante de la temporada.

En la playa, la última fiesta ha sido la *matinée* del domingo.

Muy animada y muy concurrida.

Yo, que he asistido á todas, soy voto: puede considerarse esta ma-



EL TENIENTE SOTOMAYOR EN TRAJE DE PAISANO

(De fotografía del Sr. Gómez Carrera).



El niño Gonzalo Santocildes y Alijares.

Hijo del General Santocildes, á quien el Gobierno acaba de hacer la extraordinaria concesión de examinarse por segunda vez, para su entrada en la carrera militar.

finée como la mejor del período presidencial de la blonda señorita Amelia Solberg.

La mejor, por el número y la calidad de la concurrencia. La mejor también, porque en ninguna otra ha presentado Valenzuela un programa de danzas y vales más bonito, variado y fresco. Ese vals *Angel de amor*, oído allí en torno de tantos rostros encantadores y al arrullo de las olas, era un grande, un supremo deleite.

La música lo sublima todo. Yo ví, entre los acordes deliciosos de ese vals, que atravesaban por la glorieta Herminia Goncé, María Luisa Montalvo y Juanita Ruiz, y pensé en la conformidad del título del vals para esa adorable trinidad.

En una ú otra dirección de la glorieta, por todas partes no se encontraban más que caritas risueñas y figuras airosas. Cuatro señoritas que comienzan á presentarse y que pasarán siempre por los salones entre frases de alabanza y murmullos de admiración se reunían en la *matinée* del domingo. Son ellas las preciosísimas María Ruiz, Hortensia Manrara, Uldarica Alonso y Teresita Baguer; las cuatro muy simpáticas y muy dignas de que el cronista deshoje, á su paso, las flores inefables del elogio.

En la glorieta llamaban la atención señoritas tan distinguidas, además de las que van citadas, como Julita Sotolongo, Celia Cepero, Conchita Finlay, Adriana Casas, *Chepita* Rodríguez, Conchita y Lola Baguer, las señoritas de Montalvo y Morales, Julia y Angustia Benítez, Rosa Domínguez, Carmela Sánchez Romero, María Luisa del Río, Asunción Marcos, Altagracia Prieto y María Cepero.

Una señorita con quien departía yo después de la *matinée* me hablaba de la escasez de jóvenes que se notaba en todas las fiestas.

Me propuse demostrar lo contrario á la bella *mademoiselle* y lo cumpliré dándole esta lista de los jóvenes que al azar recuerdo que se encontraban el domingo de la playa: Mayoz, Antolín Martínez, Ricardo Kohly, Angel Lluria, Raoul Ramírez, Eduardo Ulzurrun, Raoul Cay, Mario García Kohly, *Panchón* Domínguez, Gustavo de Cárdenas, Vanderwater, Cristóbal Montes, Juan Francisco Prieto, Freixas, Angel Gálvez, Pedro Pablo Guilló, Ruiloba, Jacinto Sotolongo, Antonio Solar, Enrique Goicoechea, Delgado, José Antonio Frias, Caballero, *Pepe* Torriente, Curbelo, *Ignacio* Cervantes y más, muchos más, amada amiga, pero que yo no recuerdo porque nunca he sido fuerte en el *score* de nombres masculinos.

El Parzival: es la perfumería de la música y del cielo de Cuba. *El Parzival*: es el símbolo de la elegancia y por consiguiente *El Parzival*: es la perfumería de la aristocracia. *El Parzival*: es un adorno de tocador que no tiene igual. *El Parzival*: es un alivio en los meses de verano por sus aguas refrescantes. *El Parzival*: es el protegido de SS. MM. la Reina de España, la Reina de Portugal y la Reina de Italia. *El Parzival*: se ha distinguido en la Exposición de Chicago donde fué premiado con la medalla de oro. *El Parzival*: se exhibe en los principales establecimientos de la Habana. *El Parzival*: es el con-

quistador de las señoras. Atraído por la fama de las cubanas ha venido á esta Isla y ha visto coronada su obra.

EL FIGARO envía su más cordial bienvenida, al distinguido caballero y hombre público, su afectuoso amigo, Sr. D. Laureano Rodríguez, que acaba de regresar de la Península, después de haber sido fructífera para los intereses económicos de esta Isla, su permanencia en Madrid.

También este periódico me encarga, felicite expresivamente al Director de *La Discusión*, el Lcdo. D. Manuel María Coronado, hermano de nuestro *César de Madrid*, por haberse dispuesto su libertad.

El próximo lunes es el santo de mi respetabilísimo amigo el Excmo. Sr. Marqués de Balboa, y anticipadamente me complazco en enviarle la más calurosa felicitación.

Dos bodas en estos días.

La primera, la del simpático joven licenciado en Farmacia Sr. Alfredo Mazzucchelli y Medina con la graciosa señorita Mercedes Pulido y Rodríguez.

La joven desposada es hija del antiguo y distinguido empleado de nuestro Ayuntamiento D. Manuel J. Pulido.

Padrinos.—De mano: los padres de la novia. De velaciones: la señora Isabel Medina de Muñoz Bustamante y el Dr. D. Julio Manuel Muñoz Bustamante.

La otra boda: la de la Srta. Nicolasa García Maymó—bella y virtuosa joven—con el Sr. Eusebio Cavestani Camejo, joven perteneciente á una distinguida familia espirituana.

Padrinos.—De mano: el Sr. Bonifacio Astuy y su esposa la señora Josefita Villegas representados por el Sr. Manuel Rodríguez y su esposa la Sra. Edelmira Ruiz. De velaciones: los padres de la desposada.

La bella *Lasa*—como le llaman sus íntimos—lucía preciosa en la fecha inolvidable de la consagración de sus más urosos ideales. Su *toilette* fué muy celebrada por su gusto y elegancia.

Ambas ceremonias, celebradas en el templo de Guadalupe, estuvieron igualmente favorecidas por una concurrencia tan numerosa como brillante.

Mi elegante amiga la Sra. Teresa Giralt de Demestre ha fijado temporalmente su residencia en el Vedado.

Dirección: Calzada número 118.

Acompañada de su señor padre ha salido el sábado para la Península á bordo del *Reina Cristina*, la distinguida damita mi amiga muy estimada la Srta. María Göbel.

María se dirige á Europa para reponer se delicada salud.

Hay votos que huelgan. Y huelga ahora por innecesario el que yo hiciese, porque pronto y felizmente logrará María Göbel el objeto que la ha separado de una sociedad que tanto y tan merecidamente la admira y distingue.

Ayer celebró sus natales la encantadora Ana María Saavedra y Pierra, una de esas damitas que imponen con la fuerza irresistible de sus perfecciones, el imperio adorable de sus hechizos.

La crónica saluda afectuosamente á la gentil y espiritual Ana María.

Rápida é invencible dolencia ha llevado á la tumba, en el pueblo de Los Palos, á la respetable y virtuosa Sra. Da Dolores Muñoz Bustamante.

Su entierro fué una verdadera manifestación de duelo tributada por el pueblo como homenaje á la finada y como demostración de condolencia al Dr. Muñoz Bustamante, sobrino de la finada y muy querido en la localidad.

Angelita Guilló, la jóven, la distinguida damita para quien siempre habrá elogios y habrá sonrisas, porque ella es la más completa expresión de la simpatía, celebra su santo el jueves de la próxima semana.

Yo anticipo desde esta página de EL FIGARO mi felicitación á la adorable entre las adorables, á mi amiga de más *esprit*.

ENRIQUE FONTANILLS.



TEATRO DE LA GUERRA

Paso del río Buey, cerca de Bayamo, en el punto en que ha debido ser vadeado por las tropas después de la acción de Valenzuela.

Adolfo Cao-Cordido



A título de hábil dibujante y sobrio colorista, viene hoy á ocupar una página de este periódico el retrato de nuestro distinguido amigo el simpático joven Sr. D. Adolfo Cao-Cordido. EL FIGARO, que no perdona ocasión para estimular las tendencias literarias y artísticas que entre nosotros desperdigadamente brotan, se complace en reproducir un precioso cuadrito, obra del pincel de este distinguido aficionado.

El, residente hoy entre nosotros por estar desempeñando su puesto en la Secretaría de nuestro Gobierno General, que como individuo perteneciente á la carrera administrativa le corresponde, dedica sus escasos ocios al arte de Díaz el francés, y Haes.

Reciba nuestro amigo la enhorabuena; trabaje con fe en el arte que cultiva y sepa que EL FIGARO está siempre dispuesto á aplaudir su talento.

IMPROMPTU
(EN UN ALBUM)

A mi muy querido amigo
Nicolás Domínguez Cowan,
El ilustre hijo de Cuba,
De «la tierra más hermosa
Que vieron ojos humanos»,
Cual dijo la frase histórica
Del insigne navegante
Que honró á la Reina católica
Descubriendo la isla Juana
Y la América española,
Remito las «poesías»
De Enrique José Varona
Y sus «Paisajes cubanos»,
Dos libros que son dos jovas,
Que refrescarán en su alma
De su patria la memoria
Con las que quiero enriquezca
Su biblioteca valiosa
Y cuya grata lectura
Y afiligranada forma,
Y profundos pensamientos
E inspiración poderosa
Que recuerdan al espíritu
Las letras de Grecia y Roma,
Aseguran vida eterna
Y bien ganada corona,
Y renombre literario
De imperecedera gloria,
Al filósofo-poeta
De palabra suave y docta,
Al jurista incorruptible,
Al acendrado patriota,
Al hombre honrado que á Cuba
Al par que idolatra, honra,
Por ceñirle de laureles
Con los que sus sienes orlan,
Brotados en las riberas

De la corriente sonora
Del Tíñima peregrino
Que baña en nevado aljófar
Los campos camagüeyanos
De inolvidable memoria,
Con sus bosques de palmares
Y de seibas orgullosas,
En que anidan los *sunsunes*
Bajo las flexibles hojas
De la esbelta caña-brava,
Donde arruyan las tojosas,
Donde cantan los totíes
Y en que los jubos se enroscan
Huyendo de los majaes
Que en los platanales moran:
Y que al canto del sitiero
Que sus guarachas entona
Al son del tiple guajiro,
La guardarraya polvosa
Atraviesan lentamente
Despareciendo en la sombra
Del cafetal verdinegro
Que ostenta sus frutas rojas.
Y los «Paisajes cubanos»
De Enrique José Varona
A mi pecho agradecido
Traen la imborrable memoria
De aquellos campos de Cuba
De poesía melancólica,
De incopiables panoramas,
De perspectivas raras,
Que de mi alma en el espejo
Con marca indeleble copia
El cariño inextinguible
Que profesa á Cuba hermosa
El mexicano poeta,

México.

MANUEL GUTIÉRREZ ZAMORA.

PALABRAS VIRILES

El venerable M. Lavissee, tierno y ardiente amigo de la juventud, dirigió una vez á los estudiantes de Nancy, entre varios buenos consejos, el siguiente, que reproducimos con la esperanza de que puedan aprovecharlo también nuestros jóvenes de América, ya que se refiere á un mal que va cundiendo en algunas de nuestras capitales. Trátase de la novísima literatura llamada decadente ó de los *jóvenes*. Hé aquí las palabras de M. Lavissee:

«No tengo preocupación alguna literaria, y las manifestaciones de la literatura moderna me interesan. El amor del arte, el gusto por las formas bellas, el culto del ritmo y de la rima, las esfuerzos por darle flexibilidad mayor al verso y mayor número á la prosa, lejos de irritarme me complacen, y no pocas veces me cautivan. Pero—os lo ruego—cuando en un escritor, por ciertas señales infalibles (la afectación de la sublimidad, el afán de las rarezas y la manía del simbolismo), reconozcáis un fachenda (*poscur*), ó como decís vosotros, un embaucador (*fumiste*), no vacileis en castigar con vuestra carcajada simplemente «francesa» sus ridículos atentados á la índole de nuestra lengua. ¡Muéstrese severa vuestra sinceridad ante tamaños embelecios!... No soy asustadizo ni bajo la vista al escuchar los atrevimientos del ingenio galo; pero no me explico porque en las obras de los *jóvenes* ha de deslizarse á cada paso y con cualquier pretexto la inmoralidad, ó para hablar con franqueza, la inmundicia. Tal parece que en cada uno de esos mozos se esconde un viejo desvengonzado y sucio, de esos que no gozan sino cuando están corrompiendo á un adolescente. ¿Hay nada tan repugnante como encontrar en un joven esa depravación senil?... ¡Bien comprendéis lo que quiero deciros, amigos míos! ¡Muéstrese severa vuestra virilidad en presencia de tal relación!»



Paisaje cubano, por Adolfo Cao-Cordido



Don Antonio Quesada
Nombrado recientemente Alcalde Municipal de la Habana.

Tejera en prosa

SE acostumbra uno á leer versos de un poeta y le parece que no ha de saber escribir sino rimando. Así es que cuando un poeta se decide á publicar un libro de prosa, éste se recibe con cierta prevención. Prevención que sube de punto cuando el poeta nos dá un libro de crítica. ¿Cómo? Un soñador, un hombre que no piensa más que en las musas ó en las musarañas ¿puede producir un libro de sana doctrina? ¿Un libro meditado? Y así es en efecto. El libro de Tejera es un libro que sorprende y al propio tiempo afirma su personalidad.

Para mí, lo confieso ingenuamente, «Un poco de prosa» me ha sorprendido, y eso que casi nada de lo que contiene se ha escrito ahora para componer el libro. Al contrario, los artículos que lo forman han sido escritos y publicados desde el año 1883 á la fecha, sólo que unos se habían publicado en París, otros en New-York, algunos en Puerto-Rico y muy pocos en la Habana. Pero así como se publicaron, regados en distintos periódicos y distintas fechas, no eran suficientes á poder formar juicio de las condiciones críticas de Tejera, y así, coleccionados en volumen, dan una muestra gallarda de lo que el hombre vale.

Lo que sí se ve enseguida es que la labor ha sido pequeña, y que es lástima que Tejera no se hubiera dedicado con más ahinco al ejercicio de la crítica, para la que reúne raras aptitudes, contando con la humildad conque emite sus juicios, sobre todo en esta época en que la crítica al uso se erige en fiscal tremendo y mal humorado, como si el sistema fuera acusatorio. Esa humildad no sé hasta qué punto favorece su obra, no precisamente la que acaba de publicar, sino su obra literaria en conjunto. El nombre de Tejera debiera ser más conocido entre los cubanos, y lo fué tal vez diez ó doce años atrás, y hace bien, muy bien en mostrarnos de nuevo los puntos de su inteligencia para revivir el recuerdo de los que estaban ya olvidándole, para colocarse en la línea que debe ocupar entre tanto y tanto audaz que asaltan nuestra modesta y naciente república literaria.

Pero él no debe concretarse á publicar lo que ha hecho, sino procurar, dominando y rompiendo el círculo que oprime y asfixia entre nosotros los ideales literarios, producir poesías delicadas y quejumbrosas, artículos de crítica que encaucen un poco nuestro movimiento desbordante, que nos conduce al caos y al agotamiento. Ahora que Manuel Sanguily no ejerce, debiera Tejera intentar reemplazarlo, si no imprimiendo por su cuenta una especie de «Hojas Literarias», por lo menos llevando á las páginas de nuestros semanarios ilustrados su juicio imparcial y sereno sobre libros y hombres. Ninguno en mejores condiciones que Tejera para intentarlo. El que ha vivido errante recogiendo impresiones aquí y allí, que ha sabido sustraerse siempre al medio en que la lucha por la vida lo ha llevado, aventándolo de un mundo á otro mundo y estudiando eternamente, ese es el que tiene ejecutoria, es el que sabe hasta qué punto debe llegar la crítica y en qué punto debe la sátira detenerse.

Yo confieso ingenuamente que «Un poco de prosa» me ha sorprendido agradablemente y que no habría imaginado que detrás del autor de «Las visitas de mi madre» hubiera un hombre de talento equilibrado, capaz de producir artículos como «A propósito de Cosas» donde revela sus conocimientos en materia de escuelas literarias. Así como no me sorprendió su artículo «Rimes Byzantines», escrito de mano maestra, donde, concluí-

da la lectura del artículo, se ven en sombras las figuras tan bien dibujadas del poeta y su compañera, llenos de miseria y rebosantes de alegría, y se vé también entre la bruma, aquel entierro de desheredado, sin fastuosidades ni acompañamientos, donde el poeta lleva en el carro del hospital sus dorados sueños de gloria, llevando sobre el carro una humilde corona de cinco francos....

Indudablemente Tejera sabe ahondar y llega paso á paso á herir el sentimiento del lector; pero sin aparato, con naturalidad, sin lastimar. Léase su nota sobre José Antonio Cortina, á quien se querría y se admiraría sólo por la pintura que de él hace, si no fuera porque los cubanos hemos aprendido á amarlo y admirarlo en la época en que como apóstol del autonomismo comunicaba con su palabra acerada y brillante el entusiasmo por su causa digna y honrada. Tejera, sin lirismos cursis y trasnochados, sabe, como he dicho, llegar á lo hondo y mover á su gusto las fibras del sentimiento del lector y con esto, que es secreto de artista, lo domina. Por eso sus juicios, que van al corazón por medio de la cabeza, seducen, y por eso triunfa.

Paso por alto y como por sobre ascuas los cuentos que contiene el libro, porque me parece que son pocos para formar juicio. Aunque basta un solo trabajo literario para asentar el nombre de un autor, sin embargo, quisiera leer otros cuentos de Tejera antes de formar mi opinión. Yo lo tengo por un buen poeta, quizás por el primero de nuestros poetas contemporáneos, y después de la lectura de «Un poco de prosa», lo tengo por uno de nuestros críticos de primera fuerza.

¿Qué importa que como cuentista no alcance la misma altura? No desmaye Tejera porque la edición de su hermosa obra no se agote pronto. La época es mala para la venta de libros y peor para la venta de libros selectos. Sin embargo, hay todavía cierto elemento que sabe apreciar y sabe estimular lo que por sí sólo vale. Quédele, por lo menos, la satisfacción de haber hecho una obra útil á sí propio y á sus semejantes. Y no desmayar. *Labor omnia vincit.*

(Julio, 1895)

WEN GALVEZ.

ALBUM FEMENINO



MARY GONZÁLEZ

Dos cosas que no he hecho bien nunca: acertar una charada y escribir una silueta femenina á estilo de esos.... que han inspirado á Nicolás Heredia su magistral artículo *Clínica mental*.

Los medallones, los arabescos, &c. &c., constituyen una invencible dificultad para los que no son otra cosa que modestos periodistas.

La gallarda joven, cuyo nombre encabeza estas líneas, merece sin embargo, todos los elogios de la mejor de las plumas que hacen en la Habana estilo.

Cubana distinguidísima á quien el Profesorado abrirá las puertas de un porvenir que todos auguran brillante; esbelta y graciosa como la palma, de la cual su cuerpo parece ser el símbolo criollo; modesta sin hipocresía y desenfadada con recato.

Mary posee la triple belleza del rostro, del alma y del talento. Eterna juventud, cuyo noble trono descansa en la admiración de todos. Las altas cualidades de la gentil é inteligente joven despiertan ya recelos en cierta CLASE, que ella perdona ó desdeña con sonrisa adorable.—Arthur.

INSTANTÁNEAS

JOSÉ ZAHONERO



STO ya no es envidia—gritaba una noche en el Ateneo el famosísimo Correa, indignado contra un conferenciante que había puesto á Colón como digan dueñas.

—Y qué es, Correa?—le preguntó uno.

—*Esto es el alcaloide de la envidia*.

Y José Zahonero que viene á ser como si dijéramos, el heredero de aquel satírico insigne, terminaba en el mismo sitio una polémica con las siguientes palabras:

—Aquí somos escritores mientras no los haya.

Con aquella frase y con una figura que en actitud desdeñosa trazara el admirable lápiz de Pons, no necesitaba el avisado lector de más añadiduras. Pero falta conocer al hombre, al tipo: un tipo delicioso se entiende, que viste á capricho, sin importarle un comino la crítica del mundo.

A veces entra en la Cervecería de un modo atroz, con un sombrero calañés de alas anchas y una capa verde que es la tía Javiera de las capas de Madrid, con cuellos de pieles, cordones negros y forros especialísimos. Cuando llueve, la indumentaria

sombrero de copa flamante y las botas de charol lustrosas, como si las untara de goma.

Aquella ausencia la aprovechó de fijo escribiendo cuentos y arreglando artículos; esos artículos y cuentos suyos extrañamente simpáticos que caen á temporadas en las mesas de las redacciones, á donde no va nunca si no tiene que cobrar. Y cuando cobra se entusiasma y ofrece dar unas conferencias sensacionales, en las cuales conferencias va á probar que *estamos muy atrasados*, lo mismo en España que en América; y que ambos pueblos merecen ser conquistados por el Africa.

Si estas cosas las dijera en voz baja, menos mal; pero adviértale usted que oyen personas extrañas y es peor: entonces gesticula y grita como un desaforado y cualquiera creería que se va á comer al contricante.

—Pero qué bárbaro —le decía en cierta ocasión á un celebrado poeta. —Pero qué bárbaro es usted.

—Por qué, vamos á ver, por qué?—preguntaba el «insultado».

—Porque dice usted que va á emprender en un romance la crítica de *Peñas Arriba*, la última novela de Pereda. Y eso es sencillamente, una barbaridad que sólo puede caber en la cabeza de usted.



TEATRO DE LA GUERRA.—Guerrilla del Capitán Piñe. Primeras fuerzas que salieron á operaciones con rumbo á Baire y Jiguani.

de Zahonero es de otra especie: un impermeable de color indefinido, una boina azul y unas botas misteriosas que parecen sustraídas de un Museo de antigüedades. Y su entrada es siempre un acontecimiento; no saluda á nadie, ni se sienta; pero interrumpe la conversación con una de sus infinitas sentencias ó deja al que le habla con la palabra en la boca, para dirigirse á un grupo del otro extremo. Y vuelve luego, quejándose del «maldito» periodismo que apenas si le da para vivir con su numerosa familia en un tercer piso de la calle de santa Catalina—que ya es vivir.

Constantemente amargado, el escéptico Zahonero ya no habla, se lamenta con epigramas.

En verano desaparece de Madrid sin decir «adiós». Y Zahonero?—pregunta uno en los lugares donde él arma sus tertulias.—¿Se ha muerto Zahonero? Nadie responde, nadie sabe donde se ha metido. Pero también sin anunciarse reaparece «muy señorito», ó hablando en buen castellano, muy bien vestido, con el

Para soltarle una «fresca» al más empingorotado personaje no tiene él pepitas en la lengua. Y á él se le señala como autor de una frase que corre con visos de epigrama «anonadante» entre los enemigos de una famosa escritora. Expresábase ésta, según cuentan, con alguna vehemencia respecto de la dramática española y se le ocurrió decir, entre otras cosas, que «ella pasaba todo menos *La loca de la casa*». A lo que respondió Zahonero con su acostumbrada osadía: No puede usted pasar *La loca de la casa* y la pasamos á usted que es *la loca de la nación*!

Porque eso sí, á él, á Zahonero, que no le hablen mal de Galdós. Es capaz de matarse con Dios por don Benito. Ah! si él se hubiera encontrado en Madrid cuando el estreno de *Los Condenados*, la comedia triunfa....á pesar de *los reventadores*. Vaya que si triunfa!

Yo he conocido idolatrías de todas clases; pero idolatrías más sincera que la de ese hombre por el autor de *Realidad*, ninguna.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Abanico "Imperio"

El abanico *Imperio*, se ha impuesto entre las damas de buen tono. El otro abanico, el antiguo, el japonés, huye avergonzado, corrido, ante la aparición de su competidor, el incomparable, el elegante abanico *Imperio*, importado por Carranza, que como ce el gusto de la mujer cubana.

El abanico *Imperio* impera y navega viento en popa.

El abanico *Imperio* viene de París y su propósito es derrotar en toda la línea a su rival, el abanico japonés, precisamente en los momentos en que el Mikado ha logrado una victoria tan completa sobre los ejércitos del gran imperio chino.

El japonés venció con las armas y perdió con la moda. — Hay mil formas distintas, todas caprichosas, todas elegantes.—Pídase el abanico *Imperio* en



* La Complaciente *
Habana 100

* La Especial *
Obispo 99

* El Japón *
S. Rafael 13

Después de tres días, cedí yo a las instancias de mi familia y el vapor volvió, tres meses después, Monette había desaparecido. La vida militar tiene contratiempos y fortunas. Abandoné a Constantina, y el azar me proporcionó diversas aventuras, agradables a veces, desagradables en otras ocasiones. En medio de ellas conservaba una fidelidad intermitente por mi pequeña árabe. Después, el tiempo borró mis recuerdos, y la lenta olvidada por completo, como muchas otras cosas, cuando una circunstancia imprevista vino a re-

V



37 MANARPH

ría. Yo tomé su mano é hice lo mismo. Ella se echó á reír.

—Oh! yo soy una mujer, me dijo con un aire de soberbio despego; lo que significaba: «Yo soy una cosa; vela sobre mí, si quieres conservarme; lo demás no me importa».

—¿Y el Corán? le dije.

—Lo ha hecho un hombre para otros hombres. Nosotros, las *moukres*, necesitamos al más fuerte, ó al más diestro.

—Entonces ¿tú me engañarás?

—Sí, cuando ya no te ame. Pero te amaré siempre, agregó, haciéndose un ovillo en mis pies.

—¡Ah! criatura felina y temible.

—¿Qué más os diré de aquel gran amor que debía devorar mi vida y que duró solamente la estación de las flores!

Mouna, orgullosa de su imperio, quiso extenderlo más, ó tal vez, cansada de amarme, buscó otra cosa. Qué se yo! La ambiciosa niña ¿deseaba algo mejor ó grandioso? Yo mismo no me dejaba arrastrar por aquella línea cruel que se rompía en mil sinuosidades, en mi mano izquierda? De todos modos, se acercaba el aniversario de nuestro primer encuentro en la columna de Bou Said, y le prometí á Mounette una cena para aquella noche.

Y yo también te daré una sorpresa, me dijo con un airecito misterioso al dejarme.

Mi fiel Jacob, á quien recomendé que

tormenta; ninguna luz municipal para alumbrar el misterio á la hora de las escaladas; una casa inabordable, á menos de volar como un pájaro ó de derribar la pesada puerta.

Mientras apreciaba las dificultades de mi empresa, distinguí dos negros que, para consolarse de su color, se llenaban de lechada, á pretexto de pintar la casa de enfrente. Uno de ellos estaba recostado en una larga escalera. Dadas las circunstancias, era este un encuentro incompañable. Lo llamé y poniéndole en la mano una moneda, le rogué que olvidara su material al marcharse por la noche.

Hizo una cabriola, me enseñó todos sus dientes y me juró una discreción absoluta.

Cuando la última estrella hubo aparecido en los cielos, desfiló la escalera á lo largo de la mansión desecada, y después de maniobras muy difíciles, me vi dueño de un puente de tres metros, que atravesaba el abismo y debía conducirme al lado de mi lindo ídolo.

El Dios de los ladrones, que protege también á los enamorados, veló para que no se rompiera ningún escalón durante el delicado pasaje de mi persona, y al fin me encontré en suelo prohibido. Con solo que el amo se enterara de mi presencia en sus terrenos, era yo hombre muerto. En ello

MANARPH 33

MANARPH 36

taña, y hogueras colocadas de distancia en distancia, las alumbraban débilmente. Un centinela, hacia sus é acribar los esos relatos fabulosos que apasionan á los árabes, y cuyo murmullo traía el viento hasta nosotros. Más arriba unos cantaban, sonando cadenciosamente sus cantos. A lo lejos, ladraba un perro, y de todos los adueros de la campiña le respondían otros guardianes enronquecidos y vigilantes como él.

Todas aquellas armonías orientales, en el silencio y esplendor de una noche estrechada, nos arrullaban deliciosamente. Monette experimentaba la influencia de aquella poesía. Tenía un sentimiento exquisito por todo lo bello y yo me asombraba siempre al verla tan positiva y apasionada á la vez, ignorante y supersticiosa, volviendo luego hacia la verdad que entreveía, sin conocerla.

—¿Cuántas veces has amado? me preguntó ella, interrumpiendo mis tiernas protestas de repente.

—Manarph! le respondí, usando su palabra favorita.

Ella reflexionó un momento.

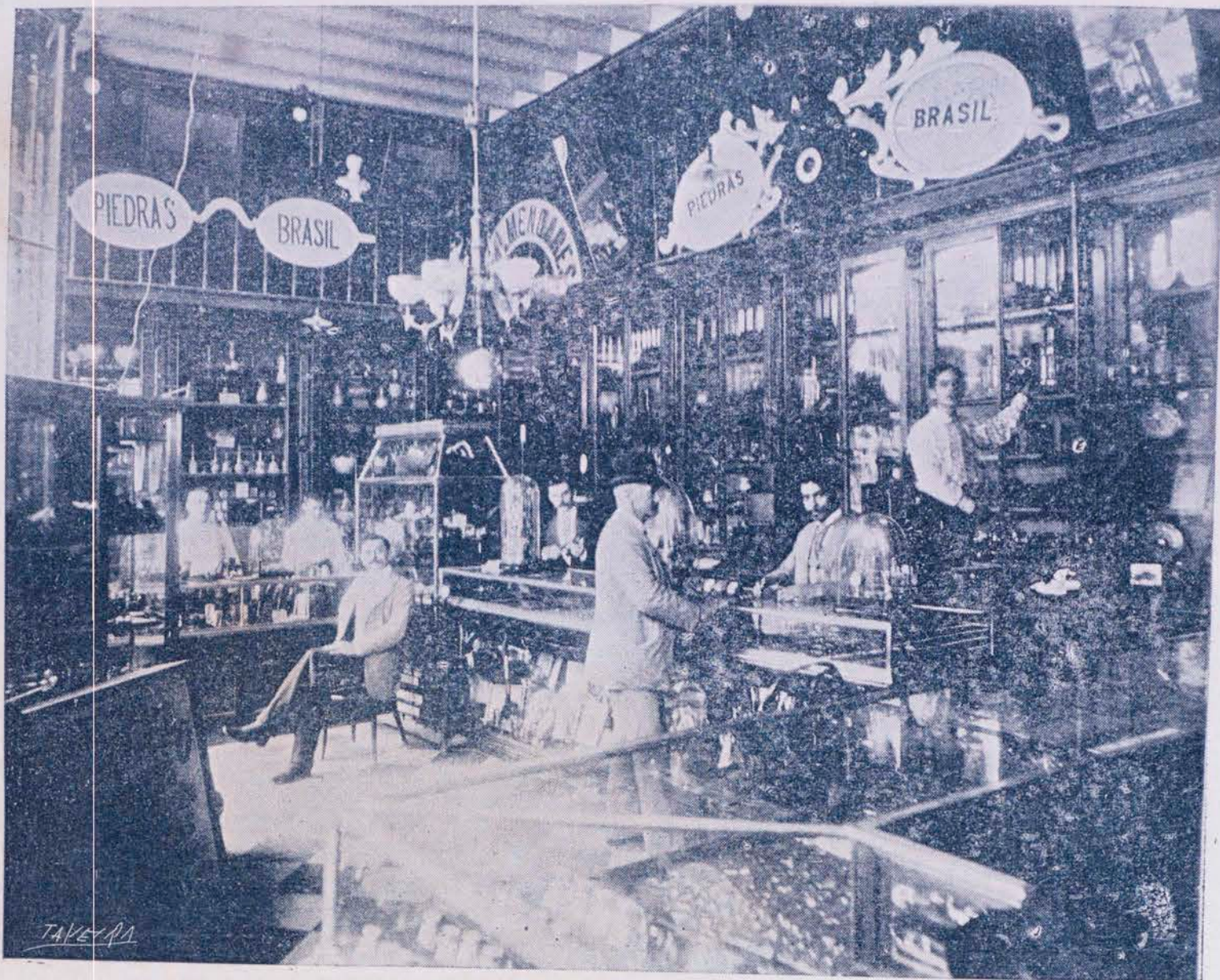
—Tú habrás tenido dos mujeres, afirmó!

—¿Por qué?

—Porque he visto una línea en tu mano, que indica que cambias á menudo.

Y trazó con su uña una línea imagina-

EL ALMENDARES
54, OBISPO 54
— HABANA —



Optica — Cirugía — Gimnasia — Esgrima — Joyería — Perfumería

— HABANA —
54, OBISPO 54
EL ALMENDARES

— Es que está menos fresca, respondió tranquilamente Mouna. Una fruta no es verdaderamente sabrosa, sino en el instante en que se arranca del árbol.

— Ah! decía la verdad, y yo me sentí lastimado por aquella simple reflexión, tan profundamente verdadera.

Mouna había hecho mal en vestirse a la francesa. Tenía un feo talle, con su corsé mal hecho. Los adornos del peinado hacían que su cara apareciese con una dura expresión. Comía con los dedos. Un vaso de Champagne la ponía trivial. El encanto estaba roto.

39 MANARPH

podase nuestra comida de toda la pompa posible, desplegó un celo admirable.

Mis cantinas quedaron escondidas bajo una manta de viaje, y presentaban a la vista el aspecto de un cómodo sofá. Todo se puso a contribución para embellecer la sala del festín: mis botas de tiras rojas, mis bastones, mi cinturón *kabôla*; todo lo cual junto con mis pistolas, formaba una panorámica original. Espárragos salvajes cubrieron con su ligera verdura, mi chimenea, desprovista de fuego en aquella estación primaveral. En fin, todo ello resultaba sobrecubierto, y cuando Mounette entró, envuelta como una pequeña *moukore* de fortuna, permaneció un momento asombrada ante el lujo de mi habitación. Después despojándose con lentitud de su *haïk*, me dijo: *he aquí mi sorpresa*. Ay! estaba vestida a la francesa.

Sentí un estremecimiento doloroso, y a pesar de mis esfuerzos, ella lo comprendió. Un pliegue se formó entre sus cejas, apretó sus labios con fuerza, y al momento toda huella de cólera desapareció de repente en su fisonomía. Le hice mis cumplidos—los primeros con que la engañaba—y nos sentamos a la mesa.

Nos sirvieron primero una sandía con memorativa: la comimos en silencio.

—No es tan buena como la otra, exclamé yo de prisa, por decir algo.

38 MANARPH

consistía precisamente el condimento necesario para mi estragado gusto.

Me abrigué primero bajo la palmera, que podía ser una posición estratégica de alta importancia, en caso de sorpresa, y después me puse a silbar dulcemente de cierta manera que Mouna conocía a las mil maravillas.

La ví salir de la casa poco después. Con una mano retenía su vestido abierto; con la otra cubría sus ojos, para concentrar la vista, tratando de encontrarme.

—¡Jorge!—me llamó dulcemente.

Y yo estaba en sus brazos.

43 MANARPH

IV

Las mujeres les parece muy natural que los hombres se arriesguen a romperse el cráneo, por la dicha de aumentar su poder. Mi huri se sintió dicha, pero no sorprendida. Por otra parte, yo sabía muy bien que ella haría cuestión de honor el no aparecer asombrada de nada; pero cuando le dije el camino que había tomado para verla una vez más, lució en sus ojos tal llama, que me destimbró. Nos sentamos a la sombra de la gran palmera. Al otro lado del precipicio, sobre el *Monsieur*, acompañaba un *Goum*. Había tiendas dispersas en las laderas de la mon-